

permitir que aquél pasara por sus Estados para ir a Rusia (1). Pío IV, a pesar de esto, no abandonó la idea de una negociación con el zar ruso. Sin conocimiento del rey de Polonia ni del emperador, envió un nuevo mensajero a Rusia, en la persona de Juan Geraldí. El viaje de éste terminó sin embargo en las cárceles de Polonia; y sólo en 1564 logró recobrar su libertad (2).

Uno de los pocos países de donde se recibieron noticias muy satisfactorias, fué Portugal, cuyo rey don Sebastián estaba lleno de celo por el concilio. El 17 de marzo de 1561 el nuncio Próspero Santa Cruz refería desde Lisboa a Borromeo, que era firme voluntad del rey que todos los prelados de su reino asistiesen al concilio y que no valiera ninguna excusa, en vista de la importancia del negocio; que el rey enviaría a Trento su embajador, tan pronto como supiera el nombramiento de los legados. El Papa alabó el celo del rey en un breve de 26 de abril de 1561 (3).

El domingo de Pascua, 6 de abril de 1561, en que el concilio hubiera debido abrirse, se hallaban presentes en Trento sólo cuatro obispos, pero todavía ninguno de los legados (4). El 16 de abril los cardenales Gonzaga y Seripando, a quienes dieron la bienvenida sólo el cardenal Madruzzo, obispo de Trento, y otros nueve obispos, celebraron su entrada solemne en la ciudad del concilio (5). Antes, el 12 de abril, se había publicado la indulgencia plenaria de 21 de marzo. Al principio no se podía pensar en la apertura de la asamblea, pues el número de los prelados que estaban en Trento, sólo

(1) Cf. Sickel, Concilio, 192, 195; Steinherz, I, 243, 245; Susta, I, 11; Pallavicini, 15, 9, 4; Pierling, I, 369 s.; Übersberger, I, 348. El breve para el zar se halla en Raynald, 1561, n. 17; Le Plat, IV, 700 s. Sobre las grandes dificultades que a pesar de la aceptación por el rey, de la bula del concilio, se suscitaron en Polonia respecto al envío de embajadores al concilio, v. Susta, I, 121.

(2) Cf. Pierling, Rome et Moscou, Paris, 1883, 53 s.; Pierling, I, 373 s.; Susta, I, 285 s.; Turgeniev, Russiæ Monum., I, 181 s.; Übersberger, I, 349.

(3) Cf. Laemmer, Melet., 184; Steinherz, I, 247; Raynald, 1561, n. 14; Le Plat, IV, 702; Corpo dipl. Portug., IX, 235; Susta, I, 24; Ehses, VIII 175, 198.

(4) V. Theiner, I, 667, 668. El primer obispo que llegó a Trento, fué el de Cremona, Nic. Sfondrato, el más tarde Papa Gregorio XIV.

(5) Cf. Massarelli, 354; Bondono, 547 s.; Susta, I, 7; Giuliani, Trento al tempo del Concilio (tirada aparte de una memoria del Arch. Trid., 1888), 88 s. Gonzaga, como más tarde Morone, habitaba en el palacio de Segismundo Thun (ahora casa municipal), en la Vía larga; v. Swoboda, 23. Aquí también hay algunas reproducciones de los numerosos cuadros que representan varias sesiones del concilio. V. también Galante, Cuadros sobre el concilio de Trento para la historia de la civilización, Innsbruck, 1912.

muy lentamente fué aumentando en los meses siguientes (1). El 21 de abril los legados escribieron a Borromeo, que el Papa instara de nuevo a la rápida partida de los prelados presentes en Roma, para que los de los otros países se resolvieran más presto (2). Fué vivamente saludada la venida del insigne arzobispo de Braga, fray Bartolomé de los Mártires, el cual llegó el 18 de mayo como «primicias de las naciones ultramontanas» y participó a los legados, que le seguirían pronto otros tres o cuatro obispos de Portugal y un embajador del rey (3). El Papa sintió especial alegría por esta noticia (4).

Entre tanto, las negociaciones con las potencias continuaban su curso. Como las conferencias con don Juan de Ayala en Roma, no daban ningún resultado, el 23 de mayo fué enviado a Felipe II el obispo de Terracina, Octaviano Raverta, el cual había ya antes sido nuncio en España y era allí muy querido. Llevaba importantes concesiones en las cuestiones debatidas con el gobierno español. Respecto del concilio tenía plenos poderes para ofrecer al rey el envío de un breve secreto, que designara la bula de 18 de noviembre como bula de continuación (5). Cuando Raverta llegó a la corte de España el 13 de junio, Felipe II había ya cedido en vista del peligroso desenvolvimiento de las circunstancias de Francia, y para ganar el auxilio de Pío IV contra los turcos (6). El nuncio Juan Campegio, obispo de Bolonia, lo había sabido ya a principios de junio y notificado al punto a Roma (7). La comunicación oficial se hizo por medio de una circular real de 13 de junio, que exhortaba a todos los obispos a prepararse al viaje para principios de septiembre; el número de los destinados a asistir al concilio y su definitiva partida se debían fijar más adelante (8). El breve deseado por Felipe II con la declaración tocante a la continuación del concilio tridentino, fué expedido el 17 de julio y

(1) V. Theiner, I, 667-668.

(2) Susta, I, 12.

(3) Massarelli, 356. Susta, I, 24. La fecha «18 de abril» que se halla en Theiner, I, 668, es falsa.

(4) Cf. la relación del embajador portugués, de 18 de junio de 1561, en el Corpo dipl. Portug., IX, 273.

(5) V. Susta, I, 31 s., 204.

(6) Cf. Susta, I, 194 y Steinherz, I, 274.

(7) V. su relación de 5 de junio de 1561 en Susta, I, 193.

(8) V. Gachard, Corresp. de Marguerite, I, 291; Susta, I, 194. Eder (I, 78) señala falsamente el 3 de junio como fecha de la circular.

enviado junto con una carta autógrafa del Papa de 16 de julio, que declaraba la validez de los decretos tridentinos (1).

Por la condescendencia de Felipe II se había evitado el más peligroso escollo y asegurado la celebración del concilio (2). El 2 de julio llegó a Roma la noticia oficial sobre el favorable cambio, del cual hasta entonces sólo se había tenido conocimiento por cartas confidenciales (3). Tres días después Pío IV la participó al emperador y le exhortó a que ahora no difiriese más el envío de sus prelados y embajadores. Al mismo tiempo se mandó una carta parecida al rey de Francia, Carlos IX. Asimismo se dió relación de este importante suceso a las otras potencias católicas, como, por ejemplo, a la señoría de Venecia (4).

Cuando Hosio entregó al emperador la carta pontificia el 18 de julio, éste repitió la contestación que había dado ya a Canobio: que se había ya decidido a enviar embajadores a Trento, pero no podía determinar todavía un día fijo para su partida. También el sucesor de Hosio, el acomodadizo Delfino, a sus reiteradas exhortaciones, recibió siempre la respuesta de que los embajadores del emperador estarían en Trento antes que los españoles (5).

Hosio, que de mucho tiempo había deseado ir a Trento, dejó a Viena el 29 de julio. El 20 de agosto llegó a la ciudad del concilio; por su modestia rehusó todo recibimiento solemne (6).

Durante lo fuerte del verano Pío IV atendió celosamente a promover el concilio. En julio los legados Púteo y Simonetta recibieron orden de disponerse al viaje (7). Se mandó a los nuncios que procuraran que los prelados acudiesen al concilio; en Italia lo hizo el Papa personalmente. El 1.º de agosto se expidieron los breves correspondientes a todos los obispos de la península italiana, el 3 a los prelados de Sicilia, Cerdeña, Córcega y Dalmacia, y el 9 a los arzobispos de Chipre y Creta. Los prelados que moraban en Roma, fueron frecuentemente requeridos a que se

(1) De estos documentos, el uno se halla en Sickel, Relaciones, II, 107, y el otro en Döllinger, Documentos, I, 366. Cf. Ehses, VIII, 279.

(2) Juicio de Steinherz, I, cix.

(3) V. la carta de Borromeo a Hosio, de 2 de julio de 1561, en Steinherz, I, 273 s. y la dirigida a los legados del concilio, del mismo día, en Susta, I, 44 s.

(4) V. Sickel, Concilio, 205; Susta, I, 48 s., 219.

(5) V. Steinherz, I, cv s.

(6) V. Steinherz, I, 290; Massarelli, 357.

(7) *Avviso di Roma de 12 de julio de 1561, Urb., 1039, p. 287, *Biblioteca Vatic.*

encaminaran a Trento; pero todavía se les concedió un plazo, pues se supo que los españoles no llegarían antes de octubre (1). Cuando vinieron de Francia muy amenazadoras noticias, Pío IV, el 23 de agosto, declaró al embajador imperial que abriría irrevocablemente el concilio, aun cuando Fernando I no pudiera tomar en él parte. El día después el Papa determinó en un consistorio que todos los obispos italianos se habían de dirigir a Trento dentro de ocho días. Algunos de los que moraban en Roma, se resistieron aun entonces, y así el número de los prelados en el sitio del concilio no iba aumentando sino lentamente (2).

Con todo, en los primeros meses fueron principalmente italianos los reunidos en Trento; la llegada de los obispos de las demás naciones se retardó todavía más, excepto los portugueses, ya presentes. El 26 de septiembre llegó el primer español, el obispo de Vich (3); cuanto a la mayor parte de los demás, era ya noviembre cuando fueron arribando a Trento (4). Pues Felipe II, a las reiteradas instancias del nuncio, se había decidido a enviar delante algunos; hasta septiembre no eligió a los demás que debían asistir al concilio (5). La designación y envío de un embajador todavía se difirió más tiempo.

(1) V. las cartas de Borromeo, de 26 de julio, 2 y 20 de agosto de 1561, en Susta, I, 64 s., *69, 71 s., 73 s. Cf. el *Avviso di Roma de 9 de agosto de 1561, Urb., 1039, p. 224, *Biblioteca Vatic.*, y las relaciones portuguesas, que se hallan en el Corpo dipl. Portug., IX, 287, 318. El embajador portugués tomó a su cargo diligenciar la carta de Pío IV, de 20 de agosto de 1561, para el negus de Abisinia, Minas, en la que era éste invitado a enviar embajadores a Trento (impresa en Beccari, Rerum Aethiop. Script. occid., X, 125); la carta con todo no llegó a manos del negus (v. *ibid.*, 125, nota).

(2) V. Massarelli, 356 s.; Theiner, I, 670 s.; Susta, I, 75 s., 77 s., 90. Un *Avviso di Roma de 6 de septiembre de 1561 notifica que el Papa ha mandado a veinticinco obispos, ir al concilio, y que ahora han partido para él (Urb., 1039, p. 298, *Biblioteca Vatic.*). Cf. además la *carta de G. A. Caligari a Comendone, fechada en Roma a 13 de septiembre de 1561, Lett. di princ., XXIII, 34, *Archivo secreto pontificio*. El 13 de octubre de 1561 *escribe Serristori que el Papa persiste en que todos los obispos vayan al concilio (*Archivo público de Florencia*). Pero todavía en 8 de noviembre se da la noticia de que el Papa apremia a los obispos a ir al concilio, y que ayer partieron siete, pero que muchos se resistían (*Avviso di Roma de 8 de noviembre de 1561, Urb., 1039, p. 308, *Biblioteca Vatic.*); el Papa con todo persistió en que, a excepción de unos pocos, todos se pusiesen en camino (*Avviso de 20 de diciembre de 1561 y 3 de enero de 1562, loc. cit., p. 319^b, 329).

(3) Cf. Massarelli, 358; Theiner, I, 670; Susta, I, 78, 80.

(4) Massarelli, 258 ss. Cf. Susta, I, 90.

(5) V. Susta, I, 78, 80, 257.

De Francia, en septiembre, el nuncio Gualterio daba noticias poco satisfactorias sobre las probabilidades de asistencia al concilio. La conducta del gobierno francés en este importante negocio continuaba ambigua (1). El 8 de octubre pudo en verdad Borromeo escribir a los legados, que se había oído decir que la regente de Francia quería enviar sus embajadores y prelados; pero ésta había sido una promesa vana, y al principio no se cumplió; pues el gabinete francés no creía en la utilidad de un concilio, sino esperaba llegar a una inteligencia con los hugonotes por medio de un coloquio religioso, y por concesiones de parte del Papa (2). Asimismo tampoco se había tomado en serio la designación hecha a fines de octubre, de veinticinco obispos, de los que seis debían salir inmediatamente después del día de San Martín (3). También era gran obstáculo el que el emperador no mostrara especial celo por el cumplimiento de su promesa de enviar al concilio sus embajadores y los obispos de sus Estados hereditarios. Es cierto que estaba resuelto a guardar su promesa, pero quería retardar lo más posible el envío de los embajadores, porque temía que se presentaran antes de tiempo en Trento, y hubieran de permanecer allí aislados (4). Así difirió hasta entrado el invierno el dar una respuesta determinada. Sólo cuando por su embajador Arco recibió la noticia de que el Papa había dado orden de abrir el concilio (5), prometió el 1.º de diciembre de una manera formal al nuncio Delfino, que sus embajadores se hallarían en Trento seguramente a mediados de enero. Delfino dió relación de esto el 1.º de diciembre a los legados de Trento y a Borromeo que estaba en Roma (6). También ofreció dificultades la cuestión de las personas. A fines de diciembre quedó resuelta de este modo: como emperador, Fernando I debía estar representado por dos embajadores: uno eclesiástico, el hasta entonces obispo de Viena, y designado arzobispo de Praga, Antonio Brus de Müglitz, y otro seglar,

(1) V. Susta, I, 248 s., 253 s.; cf. 181 s., 215 s. El 13 de septiembre de 1561, escribía G. A. Caligari desde Roma a Commendone: *Si dice che le cose di Francia vanno molto male e seguitano il loro conciliabolo. Lett. di princ., XXIII, 34, *Archivio segreto pontificio*.

(2) Cf. Susta, I, 87 s., 290.

(3) Cf. Susta, I, 290.

(4) V. Steinherz, I, cvi.

(5) V. la relación de Arco, de 22 de noviembre de 1561, en Sickel, Concilio, 235.

(6) V. la relación de Delfino en Steinherz, I, 325 s. Cf. Susta, I, 124.

el conde Segismundo de Thun; y como rey de Hungría, por el obispo de Pecs, Jorge Draskovich (1). De esta manera pasó todavía el resto del año 1561 sin que se pudiera abrir el concilio.

En un consistorio de 10 de noviembre se nombró legado del concilio a Marcos Sittich de Hohenems, en lugar de Púteo, enfermo de modo que no podía emprender el viaje, y además se resolvió que ahora se efectuase sin dilación el envío a Trento del cuarto legado Simonetta, hacía meses determinado y siempre diferido. La elección de Marcos Sittich, hecha principalmente por consideración a su parentesco con Pío IV, no fué nada feliz; parece que se pensó en ella también, porque Sittich pertenecía a la nación alemana por su nacimiento y por su obispado de Constanza (2). El 15 de noviembre fué publicada la bula de indulgencia por el feliz progreso del concilio; anunciaba que el Papa pensaba celebrar una solemne procesión desde San Pedro a Sta. María del Pópolo, el 23 de noviembre (3).

El cardenal legado Simonetta, a quien los importantes negocios de la dataría habían retenido en Roma, partió de allí el 20 de noviembre y llegó a Trento el 9 de diciembre (4). En la carta credencial que se le dió para los demás legados, Pío IV expresa su voluntad de que ahora, después de haber él aguardado bastante tiempo a todos los príncipes, el concilio no se retarde ya más, sino se abra en seguida y se lleve adelante rápidamente. En una posdata de su mismo puño el Papa observó: «No tenemos costumbre de hablar mucho, sino deseamos antes bien hechos. Hasta ahora hemos esperado bastante a todos los príncipes, y por tanto el asunto no se puede diferir por más tiempo, sino se debe abrir

(1) V. Steinherz, I, cvi, 339; Kassowitz, 37 s.

(2) Sobre la elección de Marcos Sittich, conocido por su poca formación, y sobre el disgusto que produjo aun entre los católicos, cf. Susta, I, 101. De Púteo notificaba ya en 30 de agosto de 1561 un *Avviso di Roma, que el cardenal no iría a Trento, por ser anciano y muy necesario en Roma. Urb., 1039, p. 296, *Biblioteca Vatic.*

(3) La bula (que se halla en Raynald, 1561, n. 10, Le Plat, IV, 735 y Ehes, VIII, 256 s.) se publicó en Trento el 29 de noviembre (v. Massarelli, 361). Sobre la procesión celebrada en Roma, y la llegada a esta ciudad de Marcos Sittich en 28 de noviembre, cf. el *Avviso di Roma de 29 de noviembre de 1561, Urb., 1039, p. 314^b, *Biblioteca Vatic.* V. también la relación portuguesa de 27 de noviembre de 1561 en el Corpo dipl. Portug., IX, 406.

(4) Cf. Susta, I, 114 s.; Sickel, Concilio, 235; Theiner, I, 672. Simonetta se alojó en el palacio Geremía, en la Vía larga, enfrente del palacio Thun; v. Swoboda, 41.

el concilio lo más pronto posible y continuarse con toda celeridad; se reanuda el anterior concilio tridentino, y no se puede rechazar en ninguna de sus partes. Como hombre de honor, como buen cristiano y como buen Papa, deseamos que se celebre un buen concilio, y que enderece su única intención al servicio de Dios, de la fe y de la religión, al bien común de toda la cristiandad, así como también al honor de la Santa Sede. Nos hemos propuesto como fin terminar este concilio, confirmarlo y ponerlo en práctica, con lo cual deseamos conseguir la unión de todos los buenos católicos y la perpetua paz de toda la cristiandad, a fin de que podamos servir a Dios concordes y dirigir todas nuestras fuerzas contra los infieles y enemigos del nombre cristiano. Cuando esto haya sucedido, moriremos de buena gana y alegremente» (1). Una segunda carta credencial en favor de Simonetta, escrita de mano del Papa, iba dirigida al cardenal de Mantua únicamente, para expresar su posición excepcional, como primero y más antiguo en dignidad de los legados (2).

En la instrucción dada a Simonetta se exponen más exactamente los designios del Papa, sobre los cuales el legado debía informar a sus colegas. Su sentido es el siguiente: en seguida después de su llegada, se ha de abrir el concilio, y los trabajos conciliares se deben emprender con los prelados que se hallen presentes. El sínodo se ha de ocupar principalmente en terminar lo poco que todavía resta por hacer en el dogma, especialmente en la doctrina de los sacramentos; esto es lo más importante; la reforma de los abusos está ya establecida en gran parte, o por lo menos tan preparada que fácilmente se puede acabar. En este punto de las reformas se suponía que en Trento sólo se había de tratar de las que no tocaran a la corte romana, pues el Papa consideraba éstas como prerrogativa suya (3). Por lo que concierne a la

(1) La carta en que Simonetta era acreditado como legado, fechada el 19 de noviembre de 1561, se halla publicada parcialmente en Pallavicini, 15, 13, 2, e íntegramente en Susta, I, 113 s.; en San Carlo, 89, está reproducida en fototipia según el original.

(2) Esta carta, fechada el 20 de noviembre de 1561, se halla en Susta, I, 115.

(3) Cf. Eder, I, 121 s., quien observa justamente que el trabajo de reforma emprendido entonces enérgicamente en Roma tenía por fin sustraer del concilio la Reformatio in Capite. Sobre estos trabajos de reforma cf. Sickel, 242; Susta, I, 119; los *Avvisi di Roma de 6, 13 y 20 de diciembre de 1561, y de 10 de enero de 1562, Urb., 1039, p. 317^b s., 319^b, 325^b, 330, *Biblioteca Vatic.* Sobre los

cuestión de la continuación, para el caso de que se suscitara sobre ella una controversia, Simonetta fué facultado por la instrucción para declarar abiertamente: que el concilio era la continuación del anterior; que los decretos tridentinos publicados bajo Paulo III y Julio III, se presuponían válidos y no podían ya ponerse en duda en ningún caso. Que los legados debían impedir que se tratara de la cuestión de la superioridad del Papa sobre el concilio, principalmente por cuanto el concilio anterior había admitido sin contradicción la superioridad pontificia. Pero que si se llegara tan allá que los prelados no pudieran ser apartados de tratar de este punto, los legados debían suspender el concilio y dar noticia de ello al Papa por un correo extraordinario; que entonces él dispondría lo demás, y, o bien trasladaría el concilio a otro lugar, o lo disolvería del todo (1).

Asimismo Simonetta llevó a Trento probablemente otros dos documentos destinados a los legados: un breve de 22 de septiembre de 1561, que autorizaba a los legados para trasladar en caso necesario el concilio a otra ciudad, si les pareciera bien, y una bula de la misma fecha que determinaba que si el Papa muriera durante el concilio, la elección de su sucesor no pertenecería al concilio, sino sólo a los cardenales (2).

Poco antes de la venida de Simonetta, en la noche del 8 al 9 de diciembre, había llegado a Trento la relación de Delfino de que, según la promesa del emperador, sus embajadores se presentarían a mediados de enero. Los legados comunicaron al punto esta carta a todos los prelados presentes, y resolvieron en atención a esto

trabajos da este juicio Fr. Tonina en 20 de diciembre de 1561: *Sopra la bolla del conclave, del qual S. S^{ta} ad ogni hora ragiona, non vi è cardinale che concorri nella opinione sua, di farlo in Castello, patendo questa sua opinione molte contrarietà che si adducono de incomodi, pericoli, et che anco il luoco non sia capace, però si crede che non se ne farà altro. Circa la bolla della riforma a questa si attende et si crede pure che in ciò si farà qualche profitto, ancora che portarà tempo, perchè dovendosi riformare ogniuno in casa sua ci bisognano molte considerationi, molto tempo et molto che fare, in riandare una strada tanto invecchiata et bisognando quasi passare da un estremo all' altro. *Archivio Gonzaga de Mantua.*

(1) Esta instrucción según la minuta del secretario privado T. Galli, se halla en Susta, I, 116 s.

(2) Ambos documentos pueden verse en Raynald, 1561, n. 7-9, Le Plat, IV, 721 s. y Ehses, VIII, 179 s., 248. Cf. Susta, I, 118 s. V. además las Acta consist. de 19 de noviembre de 1561, en Laemmer, Melet., 213, y Ehses, VIII, 121. Cf. Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 118.